

# María Antonia Abad

**María Antonia, Sara, Sarita, Saritísima...**, me quedo con el primero. **María Antonia** es un nombre total para la raíz, para el tronco, para cada rama, para cada nacimiento o para cada muerte. Los demás como **Sara, Sarita, Saritísima**, son para la constelación del arte; para bordarlo en un escapulario de estrellas; para premiar el verbo mejor conjugado; para que no quede en la sombra como los humanos que cierran los ojos; para que multiplique la luz que no es vertical ni transparente sino diagonal, tamizada creada para dar vida a la imagen. Hoy, a **María Antonia**, le importa poco los añadidos nombres que son adornos sin cruces, sin peso, sólo oropel, apenas hoja que se mustia y se seca cuando se prende. **María Antonia** es ya una mujer poseída y posesora, que tiene para sí: casa, esposo, hijos, hogar, credo, paz, un horizonte sin brumas, un mar para navegar sin miedo, tierra en la que plantar un árbol, jardín para cortar una flor y cielo al que mirar cuando lloren los ojos. **María Antonia**, ha recorrido el mundo y se ha venido sin él, no le cabía en sus maletas; tenía un peso desorbitado, lo creía de menor tamaño más justo, menos misteriosos, más confiado, menos acosado, más sincero, menos revelado.

Ahora, **María Antonia** ha dejado crecer la hierba de su casa grande y ha vuelto a sus raíces, a su tierra nominada siempre, siempre querida y ajustada a su deseo de volver mañana, otro día, a cualquier hora confinada. Y habla: "de mis gentes" con un posesivo alimentado en muchas madrugadas, como si fueran niños que necesitan ternura. Y, "mis gentes" son: **Juan**, el de la yunta torda; **Roque**, el caporal de Tribaldos; **Juanjo**, el herrero que saca punta a la reja mimandola como un corazón bien deseado, y **María**, la peinadora de los siete peines de cuerno; y **Rosario**, la que lavaba el corpiño en el río; y **Antonio**, el galán que se enamoró de la niña cuando era como un pez rubio y piel casi de nácar; y **Angel**, que le cantaba coplas cuando la veía en imagen sobre la pantalla y más y más...

Siempre, **María Antonia**, ha querido crecer en la misma tierra y dar saltos

en la calle del pueblo, casi siempre blanco, de cal y canto, de tierra menuda de tapial para no revelar los mimos de los enamorados. **María Antonia**, de buena casta, ha querido dejar en su pueblo, al menos, la noticia de su maternidad compartida y se ha llenado de ternura para que sus hijos **Thais** y **Zeus**, se sientan más

hijos de Criptana, la blanca, la dama de tierra y verso, a la que alguna vez le ponen alas y sube como una cometa a mil varas de los tejados con pretensión humana de ser más alta que las nubes. Criptana no es de otra manera.

José GONZALEZ LARA

